1. El tiempo

Las Bases han cumplido ya 170 años y esto impone una reflexión en torno al tiempo. Es dable preguntarse en qué contexto se producirá la celebración del bicentenario de este libro y, sobre todo, si algo de esas Bases seguirá perdurando en el texto constitucional vigente dentro de 30 años. También es interesante señalar que al momento de cumplir su primer centenario las Bases, no estaba vigente la Constitución de 1853/60 sino la de 1946. Sería extraño que al cumplirse 200 años de la publicación de Alberdi esté vigente una Constitución que mucho más le debe que aquella que regía cuando se cumplió su centenario.

Y ya que estamos hablando de tiempo, me interesa remarcar la concepción de perduración que Alberdi tenía al pergeñar las Bases. En varias ocasiones habla de diez años como un tiempo que ojalá algo durara en ese período tan cambiante en que se había debatido este territorio. Pero en otros momentos, sueña Alberdi con una constitución con “persistencia inglesa” aunque con una condición: una Constitución mínima, que deje casi todo a las leyes que no podrían violentarla pero sí especificarla: “No se debe esperar que las constituciones expresen las necesidades de todos los tiempos. Como los andamios de que se vale el arquitecto para construir los edificios, ellas deben servirnos en la obra interminable de nuestro edificio político, para colocarlas hoy de un modo y mañana de otro, según las necesidades de transición y creación. Hay constituciones de transición y creación, y constituciones definitivas y de conservación. Las que hoy pide la América del Sur son de la primera especie, son de tiempos excepcionales”. (p. 63)

Son relevantes estas oscilaciones para pensar el futuro imaginado por Alberdi, con Constituciones que están llamadas o no a perdurar. Es interesante esta dimensión del porvenir (palabra en desuso ya que han cerrado todos los espacios que así se llamaban y que daban lugar a aquello que era más valorado por esa instancia del siglo XIX; me crié en un pueblo en que las panaderías, farmacias, periódicos se llamaban el orden, el progreso, el porvenir). Esa bella forma de nombrar l'avenir.

2. El espacio

Ya me referí al tiempo y quisiera dedicar unas líneas al espacio. El desierto, una y otra vez ese territorio que parecía y sigue siendo inmenso y que esa generación y algunas más juzgaron desierto. El desierto es el escenario sobre el que monta su obra de Alberdi. En ese desierto no ve pueblos indígenas; pasa revista de tanto en tanto a los indígenas como individuos y a veces se refiere al nombre de alguna comunidad y hasta a alguno de sus dioses pero no los piensa como pueblos en ningún momento y menos como el pueblo que puede dar lugar a una república. “Hoy mismo, bajo la independencia, el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil”. (p.82)

Incluso llega a negar la separación campo/ciudad. Superada la división (superada es mucho decir) entre unitarios y federales, la única separación que sobrevive es la del hombre del litoral (producto de la inmigración civilizadora de Europa de las décadas anteriores) y el hombre de tierra adentro (producto de conquista y que se conserva intacto).

¿Y cuál es la mejor Constitución para ese desierto? “La que sirve para hacerlo desaparecer” (p. 237) argumenta Alberdi. El desierto. Hay un cuento de Balzac que se llama “Una pasión en el desierto” y allí Balzac escribe: “En el desierto, entendedlo bien, hay de todo y no hay nada... quiero decir que allí está Dios sin los hombres” ¿Qué podría decirse de ese desierto que estaba muy habitado y en el que tampoco parecía estar Dios aunque sí había dioses que no eran tampoco tenidos en cuenta desde afuera. Dios es otra presencia muy fuerte en las Bases, en ese preámbulo que hemos aprendido todos a recitar en la escuela, que se convirtió en un rezo laico en la primera campaña electoral de la que tuve plena conciencia. ¿Cómo se puede ser laico e invocar a Dios? Esa invocación no desapareció en ninguna reforma y está relacionada con la fuente de una racionalidad que así adopta tintes sobrehumanos.

El ateísmo es un problema para Alberdi y también la intolerancia religiosa. Si bien alaba la religión católica, como es bien sabido la libertad de culto es no solamente un anzuelo para otros cristianos (tal vez es injusta la metáfora del anzuelo porque Alberdi insiste en no engañar, no atrapar, sino permitir que cada grupo viva en orden a sus costumbres) sino también es un medio para que las personas no católicas puedan casarse en lugar de vivir en la inmoralidad. Educarse, ya queda por cuenta de su compañero de generación y compañero de ese maravilloso contrapunto que asume todas las variantes del canon.

3. La posición de enunciación

Alberdi asume la posición de enunciación del jurista que repele al héroe y que también minimiza su propia labor (al menos comparándola con la de otros): “Una constitución no es inspiración de artista, no es producto del entusiasmo; es obra de la reflexión fría, del cálculo y del examen aplicados al estudio de los hechos reales y de los medios posibles” (p. 208) Esta relación medios-fines, esa razón estratégica está siempre presente.

Sin embargo, allá sobre el final de su texto Alberdi se reconoce un exagerado: “Es necesario dar formas exageradas a las verdades que se escapan a la vista de los ojos comunes” (p. 245)

Se considera un jurista “con noción común” porque sostiene que no hace falta talento académico para escribir constituciones y tampoco quiere una nación llena de juristas y filósofos. Sienta posición Alberdi desde ese pasado del que aprendió amargamente y con miras a un porvenir en el que trata de convencernos que poca disposición tiene de cambiar. Es la historia, son los hechos, la geografía, los que mandan. Y él es el “órgano”, el intérprete, el escriba, quien oficia de traductor de lo que está diciendo esa historia.

4. La concepción sociológica de Alberdi

Si bien toda la obra alberdiana encierra una fuerte concepción sociológica, rescato aquí tres dimensiones:

a. La búsqueda de leyes y la determinación de esas leyes

Se propone Alberdi “bosquejar el mecanismo” de la ley de la civilización tal vez al modo en que Comte, basado en Saint Simon, poco tiempo antes había formulado la ley de los tres estadios como ley general de la sociología. Una ley que es puesta por encima de todas las demás leyes, al modo de una ley newtoniana pero en este caso que aúna el orden y progreso natural con el social. Una sociología a la que, al ponerle nombre, Comte supone que le da vida. Otros elementos que también están en el positivismo científico inicial son el organicismo (metáfora al uso de Alberdi) y la observación y experimentación como métodos científicos. No diría que practicados como métodos pero sí enunciados como las bases para obtener ese conocimiento que permitirá montar leyes que encuentren eficacia duradera. Alberdi caracteriza rápidamente ciertas observaciones y se podría pensar que su banco de experimentos son los procesos constitucionales comparados.

Hay algo necesario que no se elige en esta trama (y en esto se separa del optimismo del positivismo francés), que es lo dado por la tradición (a la que Alberdi todavía llamaba historia), el clima, la geografía lata, en definitiva, la necesidad. Y es esa necesidad la que ha impuesto la forma de gobierno. La democracia es un hecho y ahora se trata de generar una república y para eso es preciso cambiar la sociedad: “mejorar la sociedad para obtener la mejora del poder, que es su expresión y resultado directo” (p. 71) El saber es necesario, como para Comte aunque para éste, el “saber para prever y prever para poder”, admite -al menos en el plano explícito- una capacidad de cambio que Alberdi está aquí negando, tal vez para robustecer su trama argumentativa.

Esas condiciones sociales son reforzadas en algunos tramos de las Bases por la noción de Providencia. Contra la noción de voluntad general de Rousseau y por supuesto sin volver a idea de que las leyes son obra de la voluntad de los reyes, Alberdi sustenta que “la voluntad es impotente ante los hechos, que son obra de la Providencia” (p. 112) “Esos hechos, esos elementos naturales de la constitución normal, que ya tiene la República por la obra del tiempo y de Dios, deberán ser objeto de estudio de los legisladores, y bases y fundamentos de su obra de simple estudio y redacción, digámoslo así, y no de creación”. (p. 113) Esto sería así al menos si se quiere que la legislación perdure. El legislador es presentado nuevamente como un observador, un científico, un redactor de la dirección que indican las tradiciones y esos designios de Dios en los que acaso encuentre el resquicio para una interpretación creativa.

Insiste Alberdi: “Si los legisladores dejaran siempre hablar a los hechos, que son la voz de la Providencia y de la historia, habría menos disputas y menos pérdidas de tiempo” (p. 165) Situaciones ambas para las que el Alberdi de 1852 no parecía tener ya tolerancia: disputas y pérdida de tiempo.

Y sin embargo otorga importancia a su propia labor no sólo como intérprete de los designios de la historia y la Providencia: “el destino político de los Estados no depende únicamente de la disposición y aptitud de sus habitantes, sino de la buena fortuna y acierto en la elección del sistema de gobierno” (p. 213) Es interesante esta manera de argumentación de Alberdi ya que sugiere lo necesario, lo que ya la historia y la Providencia manda. Y sin embargo, este proceso requiere ser descripto, exagerado aún para que no pase desapercibido.

b. La indagación sobre los hechos

No es un muy fino Alberdi en este punto. Asigna características sin mayor fundamentación. Pareciera que le molesta detenerse a describir en este texto. Su misión es persuadir y no cree que las descripciones contribuyan a ese fin; caracteriza brevemente, da por sentado pero no detalla, no genera tipos, sí compara. La comparación es acaso su mejor campo de descripción y de conclusiones a veces ligeras. Determina que esta parte del mundo está “desierta, solitaria, pobre” y con esos datos, apura la generación de remedios.

Determinada “la necesidad de crear un gobierno general argentino, y una constitución que sirva de regla de conducta a ese gobierno” (p. 23), Alberdi va a escudriñar la historia y el “estado constitucional” de la América del Sur, aunque aclara que ninguna constitución de América del Sur debe tomarse como modelo. ¿Por qué? Porque la historia de cada país difiere, aunque cree que se puede aprender mucho de los malos ejemplos y también de los hechos amargos del pasado: “Si la historia

es una escuela de gobierno no debemos malograr sus lecciones porque sea mortificable su lenguaje” (p. 195)

c. La persistencia de las constituciones y el paso del tiempo

Alberdi repasa la Constitución de Chile, Perú, de los estados que conformaron Colombia, México, Uruguay, Paraguay (es muy crítico con esta última), la Constitución de California (que tanto elogia). De esta última destaca que no haya grandes frases sino que “todo es simple, práctico y positivo, sin dejar de ser digno”. (p. 65)

Si bien da razones por las que se sostuvieron las constituciones del pasado, marca un cambio de rumbo: “He aquí el fin de las constituciones hoy en día: ellas deben propender a organizar y constituir los grandes medios prácticos de sacar a la América emancipada del estado oscuro y subalterno en que se encuentra”. Y en ese sentido, insiste: “Esos medios deben figurar hoy a la cabeza de nuestras constituciones. Así como antes colocábamos la independencia, la libertad, el culto, hoy debemos poner la inmigración libre, la libertad de comercio, los caminos de hierro, la industria sin trabas, no en lugar de aquellos grandes principios sino como medios esenciales de que dejen ellos de ser palabras y se vuelvan realidades”. (p. 62/63)

El principal remedio para todos los males que en su diagnóstico aquejaban a la nación es la inmigración. Es hartamente conocida su metáfora: “La planta de la civilización no se propaga de semilla. Es como la viña: prende de gajo” (p.90). Y discute el papel de la educación. No es educando que se logrará el orden que atraerá a los extranjeros como medio para el progreso. Trayendo trabajadores se logrará el progreso. Una inmigración “espontánea” pero provocada: “La inmigración espontánea es la grande y verdadera inmigración. Nuestros gobiernos deben provocarla” (p. 92)

En cuanto a la concepción sociológico- jurídica de Alberdi, hay momentos en que parece deslizarse hacia el realismo. “La ley, la Constitución, el gobierno, son palabras vacías si no se reducen a hechos por la mano del juez que, en último resultado, es quien los hace ser realidad o mentira”. (p. 107) Si bien es un anacronismo, podría Frank, por ejemplo, suscribir esta aseveración como aquellas muchas en que Alberdi habla de una ley que debe encarnarse en los habitantes.

d. La eficacia de las leyes

“¿Qué importa que las leyes sean brillantes, si no han de ser respetadas? Lo que interesa es que se ejecuten, buenas o malas; ¿pero cómo se obtendrá su ejecución si no hay un poder serio y eficaz que las haga ejecutar?” (p. 182) dice Alberdi, que así hace reposar sobre el poder ejecutivo el destino de la nación. Son los sujetos que encarnan la constitución aunque, aparentemente, mientras no se haga carne ese texto constitucional, el ejecutivo jugará un rol importantísimo. Una transición más en que el porvenir no es mañana sino más adelante.

El presidente que prevé es una suerte de rey y más adelante Alberdi reflexionaría sobre si podría ser un rey, pero en las Bases se pronuncia contra la monarquía. Es preferible, argumenta, darle el despotismo a la ley y no a un hombre. Parece entender que algo de irreductible hay en ese despotismo y todo lo que puede hacerse es dejarlo en manos no humanas: “Lo peor del despotismo no es su dureza, sino su inconsecuencia, y sólo la Constitución es inmutable” (p. 182) Una Constitución despótica e inmutable. La preferencia por el orden a cualquier precio.

Esta idea de inmutabilidad contrasta con los diez años que en algunos pasajes de las Bases parece una expectativa de perduración mínima. Diez años: un término que parecía imposible en un territorio en que ninguna constitución había podido consolidarse. Y en el objetivo de máxima está la inmutabilidad y esto entronca con la reflexión primera sobre el tiempo y la posibilidad de reforma constitucional: “El principal medio de afianzar el respeto de la Constitución es evitar en todo lo posible sus reformas. Éstas pueden ser necesarias a veces pero constituyen siempre una crisis pública, más o menos grave. Son lo que las amputaciones son al cuerpo humano: necesarias a veces, pero terribles siempre. Deben evitarse todo lo posible, o retardarse lo más. La verdadera sanción de las leyes reside en su duración. Remediemos sus defectos, no por la abrogación sino por la interpretación” (p. 258)

Una constitución que perdura otorga lógicamente un papel relevante a los jueces: “La ley es un Dios mudo: habla siempre por la boca del magistrado” (p. 260) Y reafirma una y otra vez sobre el final del texto la necesidad de que la Constitución eche raíces. En términos weberianos, diríamos que Alberdi hace descansar la Constitución no en una legitimidad racional sino en una de tipo tradicional. Le pide pues a la Constitución “longevidad inglesa” pero para eso debe ser suscita, reducirse a un mínimo que luego encuentre su cauce en la interpretación judicial.

5. A modo de cierre

Ojalá cuando celebremos el bicentenario de Alberdi no seamos tan pobres, pocos e incultos, como juzgó a sus coterráneos. Todavía necesitamos caminos de hierro (o desoxidar los que tenemos), canales, puertos, grandes mejoras materiales y mucho más de lo que a Alberdi se le hubiera ocurrido porque, como bien decía una y otra vez, era un lector de su tiempo. Es probable que le hubiera sorprendido mucho que hoy, a 170 años de sus Bases, estemos regidos por una Constitución que pensó para otro mundo, o no, quién puede saberlo? Usando el adjetivo preferido de Alberdi, todo es posible.

Bibliografía:

Alberdi, Juan Bautista (1981): Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, Buenos Aires, Plus Ultra, 1ª. ed. 1852.

Balzac, Honoré de (1969): “Una pasión en el desierto”, en La Comedia Humana, Tomo XXII, Barcelona, Lorenzana.

Frank, Jerome (2001): Derecho e incertidumbre, México, Fontamara.

Weber, Max (1983): Economía y Sociedad, México, Fondo de Cultura Económica.